

ARTICULO CUABTO.

ESTUDIOS DEL PREDICADOR Ó SEAN FUENTES DE LA ELOCUCIA SAGRADA.

Ya hemos dicho, hablando de la materia propia de la predicacion, que ella consiste precisamente en el Evangelio, segun está mandado por Jesucristo; pero como el santo Evangelio es el centro de todas las relaciones que abraza la ciencia sagrada, su estudio es objeto de otros muchos estudios, y por lo mismo, no basta decir en general que se ha de predicar el Evangelio, sino que es necesario explicar el estudio que exige su perfecta predicacion. Todas las relaciones históricas, dogmáticas, morales y aun doctrinales de este divino libro deben ser estudiadas por el predicador. ¿Cuáles son estas relaciones? Primero, las del Antiguo con el Nuevo Testamento: segundo, las de ambos Testamentos con la doctrina de la Iglesia: tercero, las de los escritos de los Santos Padres con la Escritura sagrada y la accion de la Iglesia: cuarto, el movimiento moral de la especie humana consignado en la historia: quinto, las que la razon bien dirigida percibe entre la doctrina y la conducta. He aquí lo que debe tener bien estudiado el predicador para que en el púlpito sea capaz de llenar todos los deberes que le impone su ministerio. Estos diferentes objetos de estudio lo son en tanto que constituyen el fondo mismo de la elocuencia sagrada; y por consiguiente lo mismo es tratar de los estudios que requiere para su buen desempeño el ministerio de la predicacion, que indicar y caracterizar las verdaderas fuentes de la elocuencia sagrada. Hablarémos pues, en primer lugar, de la Santa Escritura; en segundo, de los Padres; en tercero, de la historia eclesiástica; en cuarto, de la ciencia de la vida espiritual; en quinto lugar, de los estudios profanos.

CAPÍTULO PRIMERO.

DEL ESTUDIO, INTERPRETACION Y CITAS DE LA SANTA ESCRITURA.

El estudio de las santas Escrituras, dice un escritor moderno, citando á San Agustin, excita al alma para dirigirse á Dios, la mueve á su amor: además la meditacion asidua de la santa Escritura ilustra el corazon, purifica la lengua, santifica la conciencia, fortifica la fe, arroja al demonio, inspira horror del pecado, inflama las almas tibias, comunica la luz de la verdadera ciencia, extirpa las tinieblas del error, disipa la tristeza del siglo, difunde el gozo del Espíritu Santo, hace de los locos sabios y prudentes, eleva á los que ocupan el último lugar al rango de los primeros, encumbra á la verdadera nobleza á todos aquellos que están mas abatidos; rige la naturaleza, impide la ligereza, templá el dolor, afirma la esperanza; corona al anciano y enseña al jóven; instruye á los errantes, fortifica á los débiles, cura á los enfermos y resuscita á los muertos.¹

Este estudio es el alimento del alma, porque el alma vive de la verdad que la ilustra, de las promesas que la sostienen, de los bienes que la atraen; y las Santas Escrituras son la verdad de Dios, las promesas de Dios, el bien de Dios. Deben ser por lo mismo asiduamente leidas y atentamente meditadas. Las Santas Escrituras han sido la fuente donde han ido á beber, para nutrirse y vigorizarse, los mas insignes maestros de la doctrina y de la moral. "Ved á los padres griegos, los Crisóstomos, los Basilius, &c., &c: toman por asunto de sus discursos, para explicarle, un pasaje un rasgo de las Escrituras. Si se trata de una virtud ó de un vicio, en la Escritura van á tomar los motivos que deben impeler para evitar el uno y adquirir la otra. La Escritura es el fondo inagotable de donde incesantemente sacan todas sus riquezas."²

La Escritura puede llamarse como el remedio de las almas, y el predicador como el médico que aplica esta medicina. El Sabio hablando en sus libros acerca de la curacion milagrosa de los Hebreos mordidos de las serpientes en el desierto, dijo: "No es una yerba ó algun otro específico apli-

¹ MOREL. Le Predicateur, cap. IV.

² El mismo en la misma obra, cap. VI.

cado á su enfermedad, lo que los ha curado; sino vuestra palabra ¡ó Señor! que cura todas las cosas.”¹ “Las Santas Escrituras, dice San Juan Crisóstomo, son los tesoros de todos los remedios para todos los males. ¿Se trata, por ejemplo, de abatir el orgullo, disipar la locura, reglar las pasiones, extinguir la avaricia, despreciar el dolor, vencer las dificultades de cualquiera clase que sean? La Escritura nos conduce al cabo y término de todas las cosas.” En el mismo sentido se explican otros Padres, como San Basilio, Orígenes, San Gregorio, San Agustín y San Buenaventura.

Siendo pues la Escritura un repertorio universal de medicamentos para todas las enfermedades del alma, puesto que cura los errores del entendimiento, afirma las vacilaciones de la voluntad, cicatriza las llagas del corazón; y es al mismo tiempo la materia de que ha de servirse el predicador; es claro clarísimo que éste, predicando el Evangelio á los hombres, desempeña los caritativos oficios de médico del alma. Por esto llamaba San Gregorio á San Pablo el más hábil de todos los médicos espirituales. Así pues como el médico bien penetrado de los deberes que le impone su profesión, es sobre manera solícito para que no se desvirtúe la eficacia de la medicina que aplica, del mismo modo el predicador debe aplicarse de continuo á conocer la virtud de esta universal medicina, y el arte de disponerla y aplicarla. ¿Cómo conseguirlo? Mediando sin cesar las sagradas Escrituras; porque cada uno de sus pensamientos encierra un sentido profundo que, si no se medita, no se podrá tampoco entender; si no se entiende, no se podrá tampoco explicar, y entonces el maestro será lo mismo que el discípulo, el catequista lo mismo que el catecúmeno, y la luz del mundo no se destruirá del caos.

Por otra parte, las Santas Escrituras expensan de tal suerte y con una superabundancia tan magnífica las necesidades todas del predicador, que no necesita salir de ellas, ni para recorrer las mayores distancias, ni para sondear los más profundos abismos, ni para elevarse á la mayor altura. Sus atractivos son tan fuertes, sus encantos tan maravillosos, su poder tan irresistible, que solo ellas bastan para ilustrar al hombre, afirmar al hombre, incorporar al hombre en el centro de la felicidad. “Vuestros preceptos, dice David, son para mí más dulces que la miel;” y San Ambrosio, comentando este verso, se explica de esta suerte: “Si ciertamente, muy dulces son esas palabras que anuncian la remi-

¹ Sap. Cap. XVI, v. 12.

sión de los pecados, la eternidad de la vida, la resurrección de los muertos.” Estos bienes son tan magníficos, que ningún otro puede ser comparado con ellos; y el que los anuncia, viene á ser necesariamente para los oyentes como un delicioso concierto.”

¿Qué palabra pues más eficaz para causar en el hombre esas grandes revoluciones, esas maravillosas crisis del corazón, esas mudanzas divinas que admiramos en la historia de los penitentes ilustres, en las personas de los Pablos, Agustinos, Egipcíacas y Loyolas? “En la Santa Escritura encontrará el predicador esos relámpagos, esos truenos, esos rayos, que llevarán á los corazones el temor, la sabiduría y el ardor de la salud. Comenzará por penetrarse él mismo en la oración de los sentimientos expresados por la palabra increada, y entonces ella se desbordará de su corazón como un río de fuego que corre á abrasar y trasformar á sus oyentes. . . . La voz que convierte, es la que sale penetrada y penetrante de un corazón continuamente ocupado de la meditación de los juicios de Dios, y cuya conversación está incesantemente en el cielo. Entonces tiene esta voz no sé qué de melancólico, de patético, que las gentes que hablan alto y que gritan no conocen ni tienen jamás. Siéntese el auditorio sobrecogido y dominado: queda como suspenso y sin aliento en presencia del hombre de Dios.”¹

Los concilios generales y particulares, los Padres de la Iglesia griega y latina, los santos fundadores de los institutos de predicación, condenan uniformemente á los oradores sagrados que no se sirven de la Santa Escritura. Los santos con su ejemplo condenan á la par y con la más viva energía esta indiferencia culpable. Largo sería enumerar las pruebas dogmáticas, históricas y canónicas de esta aserción; pero en obsequio de aquellos lectores que deseen estudiar á fondo este punto, los remitiremos á los capítulos XV, XVI, XVII, XVIII, XIX y XX de la obra citada. Réstanos pues explicar el modo con que el predicador ha de servirse de la Escritura Santa; y al efecto transcribiremos literalmente las reglas que da sobre esto uno de los autores más clásicos en la materia.

PRIMERA. “Es necesario, según el juicio de San Agustín, que el predicador haya leído y conozca la Escritura Santa toda entera: porque el libro que se hubiera creído el ménos útil para el asunto que se trata, contiene algunas veces las

¹ Cap. XII.

² De Doct. crist. lib. 2.º, cap. VIII.

mas ricas ojeadas sobre la materia; y es necesario que se lea y relea continuamente; porque es como esas minas inagotables que descubren siempre nuevas riquezas á medida que se las trabaja, ó como esos cuadros exquisitos en que van apareciendo siempre nuevas bellezas en la misma proporcion con que se les estudia."

SEGUNDA. "Es necesario leer la Biblia con un profundo sentimiento de religion, como una carta enviada del cielo, escrita por el mismo Espíritu Santo, digna por consiguiente de ser estudiada con una viveza de fe y amor que grabe tan fuertemente sus pasajes en el espíritu, que vengan estos á presentarse por sí mismos al pensamiento cuantas veces sea necesario. Es preciso hacerse familiar el lenguaje, emplear con la posible frecuencia sus expresiones; pero sobre todo meditar estos libros santos, pidiendo á Dios que se digne comunicarnos su inteligencia."

TERCERA. "La Santa Escritura debe ser interpretada segun la doctrina de la Iglesia y de los Padres; estas son las autoridades que fijan su verdadero sentido. Sin embargo, como ella es un fondo que produce sin cesar, no está prohibido el darla sentidos nuevos con tal que estén fundados en la letra y sean conforme á la piedad y á la analogia de la fe."

CUARTA. "En clase de prueba no deben emplearse nunca sino aquellos pasajes que, tomados en su sentido literal, confirman lo que se dice; mas en clase de explicacion ó desarrollo puede el orador servirse de aquellos pasajes que no se relacionan con su asunto, sino tomado en el sentido místico; mas para esto debe ser mui precavido, y apegarse cuanto mas pueda á la autoridad de algun Padre que le haya dado este mismo sentido."

QUINTA. "No debe citarse un gran número de textos, ni textos demasiado largos, porque esto suele fastidiar al auditorio y hacer árido el discurso. Pocos textos, mui bien escogidos, cortos, claros, fáciles de retener, bien apropiados al asunto, mui oportunamente citados, y nunca para probar cosas evidentes: he aquí lo que debe hacer el predicador para sacar un gran partido de la Santa Escritura."

SEXTA. "No citar en latin, sino pocas veces, y esto despues de haber traducido el texto al idioma vulgar: porque el auditorio nada entiende que no se le hable en el lenguaje que usa. Aunque bien puede el predicador traducir por sí mismo; no será fuera de propósito advertir que debe preferir siempre una traduccion ya hecha y autorizada."

SÉTIMA. "De ordinario solo en el texto del sermón debe

puntualizarse la cita, diciendo el libro, capítulo, versículo, &c.: pues en el cuerpo de él es mejor citar en general, diciendo, por ejemplo: la Escritura, San Pablo, &c."

OCTAVA. "Es necesario explicar el texto, desenvolverle y aplicarle al asunto. Unas veces se comenta cada palabra para que el auditorio sienta toda su fuerza y energía; otras en lugar de interpretar las palabras, el orador se fija en el sentido haciéndole aparecer ya en los antecedentes y consiguientes, ya en el motivo, la ocasion y las circunstancias, ya en el respeto y la sumision debidos á la palabra de Dios, ya finalmente, mediante otros pasajes de la Escritura ó alguna interpretacion de los Padres."

NOVENA. "Nunca debe usarse de la Santa Escritura sino con el mas profundo respeto; y en consecuencia seria una especie de profanacion traer un texto tan solo para engalanar un cuadro, para redondear un periodo, &c., &c. Siempre la Santa Escritura debe tener en todo y por todo la soberanía del pensamiento y de la palabra."

DÉCIMA. "Los Santos Padres, los grandes predicadores, Bossuet sobre todo en sus Elevaciones, y Masillon en todos sus sermones han hecho, y por lo mismo todo predicador en sazón y oportunidad puede hacer á imitacion suya, un uso mui feliz de las alusiones á las cosas del antiguo Testamento como á la Arca de Noe, á la servidumbre de Egipto, al Cordero pascual, al paso del Mar Bermejo, á la Columna de fuego, al Maná, al Agua de Boca, á la Serpiente de metal, al Viaje por el desierto. Estas alusiones agradan y edifican mucho á los oyentes al paso que elevan el discurso."¹

UNDÉCIMA. "Puede mui bien el predicador servirse, para escoger sus citas, de alguna obra clásica en que se van reuniendo metódicamente los textos de la Santa Escritura segun sus diversas aplicaciones, como el *Thesaurus Biblicus*, las Concordancias de la Biblia y la preciosa obra del Padre Matalene titulada: "Répertoire universel et analitique de l'Écriture Sainte." Pero nosotros aconsejariamos al predicador que no convirtiese tales libros en un título de exoneracion absoluta de ocurrir al original; porque si las tareas del ministerio excusan de este trabajo para los sermones frecuentes, nunca debe dispensarse de ocurrir de vez en cuando á rectificar y á estudiar sus citas, principalmente cuando se propone dar á la luz pública sus sermones.

Concluirémos estas observaciones con las advertencias de

¹ Traité de la prédication, à l'usage des Séminaires, prem. lib., prem. part., chap. V., art. 7., § II., nom. 1. (Extracto.)

San Francisco de Sales acerca del uso que pueda hacerse de las varias interpretaciones de la Escritura. "El sentido literal debe sacarse de los comentarios de los doctores. Esto es cuanto puede decirse; pero al predicador le toca dar valor á aquel, pesar las palabras, su propiedad y su énfasis. Pongo por ejemplo: ayer explicaba yo en este lugar el mandamiento: *Diliges Dominum Deum tuum in toto corde, in tota anima, in tota mente*; ¹ y seguí la explicación de San Bernardo: *in toto corde*, es decir, animosamente, valerosamente, fervorosamente; porque el valor y el denuedo corresponden al corazón: *in tota anima*, es decir, afectuosamente, porque el alma, en cuanto tal, es el manantial de las pasiones y afectos: *in tota mente*, es decir, entendida y discretamente, porque *mens* es el entendimiento y la parte superior del alma, á la que pertenecen el discernimiento y juicio para tener el zelo *secundum scientiam*."²

La palabra *diligere* debe pesarse también, porque viene de *eligo*, y representa claramente el sentido literal, que es que nuestro corazón, nuestra alma y nuestro entendimiento deben elegir y preferir á Dios sobre todas las cosas: este es el verdadero amor apreciativo, del cual interpretan los teólogos estas palabras."

"Cuando hai tanta diversidad de opiniones entre los padres y doctores, es menester abstenerse de citar las opiniones que deben refutarse; porque no se va al púlpito á disputar contra los padres y doctores católicos: no hai necesidad de revelar las debilidades de nuestros maestros, y lo que se les escapó como hombres, *ut sciant gentes quoniam homines sunt*."³

"Pero bien pueden presentarse varias interpretaciones alabándolas y haciéndolas valer todas una tras otra.

"En cuanto al sentido alegórico es menester que el predicador observe cuatro ó cinco puntos. El primero es que el sentido alegórico no sea forzado, ni se imite á aquellos que todo lo alegorizan: este sentido ha de salir de la letra, como hace San Pablo alegorizando de Esaú y Jacob al pueblo judío y gentil, ⁴ de Sion ó Jerusalem á la Iglesia."⁵

"En segundo lugar: cuando no hai grandísima probabilidad de que una cosa haya sido figura de la otra, no han de tratarse los pasajes como figura el uno del otro, sino simple-

¹ Mat. XXII, 37.

² Epist. ad rom. cap. X, v. 2.

³ Salmo IX, v. 21.

⁴ Ep. ad rom. cap. IX, v. 13.

⁵ Ibid. cap. XII, v. 22.

mente por vía de comparación; por ejemplo, muchos interpretan alegóricamente de la Cruz el Enebro, al pié del cual se durmió Elias; ¹ pero yo preferiría decir así. "A la manera que Elias se durmió al pié del Enebro, del mismo modo debemos nosotros descansar al pié de la Cruz de nuestro Señor con el sueño de la santa meditación."

"En tercer lugar; la alegoría ha de ser decente y honesta."

"En cuarto lugar; no han de ser las alegorías prolijas, porque pierden la gracia por la prolijidad y parece que tiran á afectación."

"En quinto; se ha de hacer la aplicación con claridad y mucho juicio para demostrar bien la proporción que guardan entre sí las dos partes."

"Casi las mismas reglas hai que observar tocante á los sentidos anagógico y tropológico: el anagógico ve en las historias de la Escritura un emblema de lo que pasará en la otra vida, y el tropológico de lo que pasa en el alma y en la conciencia. Pondré un ejemplo que sirva para todos cuatro sentidos."

"Las palabras de Dios hablando de Esaú y Jacob *duae gentes sunt in utero tuo, et duo populi ex ventre tuo dividuntur: populusque populum superabit, et major serviet minori*, ² se entienden literalmente de los dos pueblos que salieron, según la carne, de Esaú y Jacob, á saber, los idumeos ó israelitas: estos que fueron el pueblo menor, vencieron en tiempo de David al de Idumea, que fué el mayor y el primogénito."

"Alegóricamente Esaú representa al pueblo judío que fué el primogénito en el conocimiento de la salvación, porque los judíos fueron los primeros á quienes se predicó el Evangelio. Jacob representa á los gentiles que fueron los segundos; sin embargo, estos aventajaron á los Judíos."

"Anagóricamente Esaú representa el cuerpo, que es el mayor, porque ántes que fuese criada el alma fué formado el cuerpo así en Adán como en nosotros: Jacob significa el espíritu que es el segundo. En la otra vida el alma superará y dominará el cuerpo, que servirá plenamente y sin contradicción al alma."

"Tropológicamente Esaú es el amor propio de nosotros mismos, y Jacob es el amor de Dios en nuestra alma. El amor propio es el mayor porque ha nacido con nosotros, y el amor de Dios es el segundo, porque se adquiere por me-

¹ Lib. III de los Reyes cap. XXI, v. 5.

² Genes XXV, 23.

dio de los sacramentos y las buenas obras; sin embargo es menester que el amor de Dios domine, y cuando está en una alma, el amor propio sirve y es inferior.”

“Pues estos cuatro sentidos dan materia grandiosa, noble y buena para la predicacion, y se presentan admirablemente á la doctrina: por lo cual ha de echarse mano de ellos; pero con las mismas condiciones que he dicho se requieren para el uso del sentido alegórico.”

CAPÍTULO SEGUNDO.

DE LOS SANTOS PADRES.

Después de la Santa Escritura las obras de los Padres de la Iglesia vienen á ofrecerse al predicador como un objeto necesario de lectura, meditacion y estudio. La Santa Escritura es el texto, los Padres son los Maestros. Imagínese un libro científico bien escrito y mejor pensado en las manos de un alumno, pero sin el auxilio de la viva voz de un profesor, y podrá tenerse una idea, si bien todavía mui imperfecta, del predicador que contento con el texto bíblico, se desentendiese de los grandes maestros que han venido explicando este sagrado texto. El encierra una ciencia infinita, entraña una profundidad inmensa, es una sabiduría de misterio. Por esto no quedó expuesto á la simple luz de la inteligencia, sino instituido para que se difundiese á la luz de la fe y por el ministerio de la predicacion. Estos libros no tienen un valor siempre relativo á la comprension individual, sino un valor absoluto, enteramente conforme á la voz de la Iglesia. La Iglesia católica pues, maestra de la fe, regla de las costumbres, reino de salvacion, es la única cuya voz decide cuando se trata de lo que debemos creer y entender al pasar nuestra vista por las Santas Escrituras. Pues bien, la Iglesia católica nos presenta en la galeria de los Santos Padres los órganos de la tradicion, los intérpretes inspirados de la palabra divina, los maestros de las Santas Escrituras. He aquí por qué los Padres constituyen con sus obras el segundo objeto de estudio para el predicador.

“Cuando se trata pues, de estudiar las Escrituras, no debemos atenernos á nuestra interpretacion arbitraria, sino adoptar las de los Padres, principalmente llegado el caso de definir un dogma católico; porque si las Santas Escrituras son una fuente de vida; los Padres son los Ángeles á quienes

Dios confia la guarda de estas fuentes para que distribuyan sus aguas. Luego, segun la economia establecida por la Divina Providencia, no hai mejores guias para introducirnos, mediante el estudio de la Escritura en la ciencia de la religion, que las obras de estos personajes eminentes escogidos por el Pontífice Eterno para revelarnos todos los dias por su boca el sentido de su Testamento y los oráculos de la religion.”¹

Sin poseer el libro de la tradicion, el predicador aparecerá en su época en una especie de aislamiento: por algunos espacios llenos tendrá inmensos vacíos. La tradicion considerada en sus relaciones históricas, dogmáticas y morales, es una necesidad de primer orden; y sin ella la doctrina, la historia, &c. &c. correrian todos los peligros. Pues bien, los Santos Padres son órganos de la tradicion en todos sus aspectos: históricamente lo son, porque se han venido transmitiendo por ellos en sus obras, muchos hechos no consignados en los sagrados libros: dogmáticamente, porque ellos han explicado los dogmas, inspirados por el Espíritu Santo, y la Iglesia introduciendo sus ilustraciones en el cuerpo de su doctrina, les ha dado con su autoridad un carácter ecuménico: moralmente, porque los Padres deducen su moral inmediatamente del dogma, esto es, de los preceptos y los ejemplos de Jesucristo. Bebiendo pues la moral en las obras de los Padres, la bebemos en su misma fuente, con tanta mayor facilidad cuanto que ellos con su inspiracion divina y con su autoridad eclesiástica nos dan una bebida pura, sana, competente, práctica; caracteres que no tendría la medida que nosotros aplicásemos al mismo raudal, no por vicio de este sino por falta nuestra, pues el individualismo de la razon no es en la Iglesia, sino un elemento de ordinario pasivo y siempre subordinado.

Observemos ahora cómo esta moral que aprendemos en los Padres, tiene unos caracteres espléndidos á la par que insinuantes: cautiva el sentimiento, ilustra la razon, y ha dado á la humanidad una filosofia del cielo. En los escritores moralistas encuentra el alma reglas claras, máximas seguras y sólidas razones; miéntras en los Padres descubre los tipos de estas cualidades de moralista; pero no como un esqueleto descarnado, sino con todos los atractivos de la forma y con toda la vida del sentimiento: su idioma que conduce al mismo tiempo al alma instruccion y santidad, forma en ella el espíritu del verdadero cristiano.

¹ Audilio, Lezioni di Sacra eloquenza: part. prim. Lzez. XIV.

El orador que se familiariza con los pensamientos, el idioma y los sentimientos de los Padres de la Iglesia, consigue tal predominio sobre el espíritu y el corazón de su auditorio, que nadie puede resistir á su elocuencia. Los mas bellos genios de la elocuencia sagrada se han formado en esta escuela. Bossuet, Massillon Bourdaloue, Fenelon, Séñeri, Granada, &c. &c., derraman tanta luz é inspiran un sentimiento tan vivo, que no podemos ménos de ceder á la insinuante y dulce persuasiva de su elocuencia.

Mas no nos lisonjemos de que, para entrar en posesion de la ciencia de los Padres, nos baste ocurrir, al componer nuestros sermones, á esos repertorios alfabéticos donde van colocándose los textos de los Padres, segun la materia de que se trata: no, estas obras enciclopédicas nunca pueden reemplazar las lecturas originales. Sin mas enlace que el que puede facilitar el mecanismo de un alfabeto, los mas profundos conceptos fácilmente se desvirtúan; porque muy raro debe ser el que sin antecedentes históricos, lógicos y doctrinales, pueda sondear la mente y penetrarse del espíritu de un texto de los santos Padres recogido en una Enciclopedia ó Diccionario. Mas no por esto exigimos el estudio íntegro de las obras de los Padres; porque esto seria pedir un imposible. Hai dos medios que pueden emplearse con muy buen éxito y sin mucha dificultad; la lectura de las Bibliotecas patológicas, y el estudio particular de algunas determinadas obras de los Padres de la Iglesia.

Este estudio admite tres grados: primero, una idea general de los escritos de los Padres por el orden geográfico é histórico; segundo, el desarrollo de estas nociones generales en una lectura mas amplia, pero sin perder el carácter científico de un curso patológico; tercero, la lectura especial de algunas obras de cada Padre, segun las necesidades respectivas del predicador. El primero de estos estudios se haria con provecho bajo la direccion de un profesor en el precioso libro del Abate Marcel titulado: "Cours élémentaire de patologie à l'usage des Séminaires et des collèges;" el segundo podria hacerse sobre el texto de Guillon en su obra titulada: "Bibliothèque choisie des Peres de l'Eglise grecque et latine, ou Cours d'éloquence sacrée." En cuanto á lo tercero, cada uno podria escoger, como dijimos, algunas obras particulares de los Padres; pero nadie á nuestro juicio deberia dispensarse de las apologias de San Ireneo, San Justino y Tertuliano; las Epístolas de San Gerónimo, las Homilias de San Basilio, San Gregorio y San Juan Crisóstomo; la Ciudad de Dios,

los libros de la Doctrina cristiana, las confesiones, las meditaciones, los soliloquios y los sermones sobre el Antiguo y nuevo Testamento de San Agustin.

Mucho ganaria el predicador con empeñarse en leer á los Padres, ya que no siempre en su original, si á los griegos en las versiones latinas, y á los latinos en latin. Las traducciones en idioma vulgar son sin duda utilísimas, y tanto, que nos ahorran gran parte del tiempo que consumiríamos en llegar por nosotros mismos hasta donde ellos nos conducen; pero cuan útiles son en tanto que nos aproximan á la inteligencia del original, serian hasta cierto punto perjudiciales para el que se excusase con ellas de consultar el original mismo. La Patrología latina por original y por traduccion ha pasado la revista de los Doctores mas insignes, de los criticos mas eminentes, de los correctores mas esmerados, y aun podemos decir de la misma Iglesia, pues se sirve de ellas en sus concilios, en sus decisiones, en su liturgia &c. &c. ¿Cuándo llegaria una traduccion vulgar á recoger este gravísimo peso de autoridad, este poder de representacion, esta luz de inteligencia, esta especie de seguridad dogmática que nos da en idioma de la Iglesia? Sobre todo en puntos de controversia, en asuntos dogmáticos, en pruebas directas de la doctrina y en obras que deben publicarse, es necesario, so pena de aventurarse mucho, recurrir á un texto latino.

Por lo demas, aconsejaríamos al predicador que no prolongue demasiado las citas de los Padres, porque esto embarazaria la marcha del discurso; ni se reduzca tampoco á la de un solo Padre, porque el auditorio gusta de la variedad, y los Padres deben ser consultados y aplicados á la predicacion.

CAPÍTULO TERCERO.

DEL ESTUDIO DE LA HISTORIA ECLESIASTICA.

La historia eclesiástica encierra tres grandes cosas: primero, el desarrollo práctico de la accion de la Iglesia católica en todos los siglos del cristianismo para llenar la mision divina que tiene como maestra de la fe, regla de la moral y legisladora de la disciplina; segundo, la serie de todos los acontecimientos que han ido sucediéndose en el movimiento social del mundo, desde su origen hasta hoy; tercero, la vida y los hechos de los santos, de los hombres eminentes

por sus virtudes y saber, así como también de los grandes impostores, de los enemigos de Jesucristo bajo todos sus aspectos. Estas tres materias le presentan al orador en primer lugar, un repertorio inmenso de hechos para servir de la experiencia en su predicación; en segundo, un concatenamiento maravilloso de reflexiones profundas que le revelan la sabiduría, el poder y la bondad con que Dios atiende constantemente á su Iglesia; en tercero, un tesoro inagotable de variados y eficacísimos ejemplos para conservar entre los hombres el reinado feliz de la virtud. El predicador es respetable con solo el dogma, es respetable y muy interesante con el dogma y la enseñanza de la moral; pero es irresistible para el entendimiento y el corazón cuando se sirve con suficiencia, tino y discreción de los hechos al mismo tiempo que de los dogmas y de los preceptos. Nace de aquí la importancia de la historia eclesiástica para el predicador. "Útil en general para todos los hombres, lo es muy en particular para el que tiene á su cargo edificar á los pueblos con la palabra divina. Los hechos hacen comprender mejor las doctrinas, constituyen un argumento muy palpable de su verdad y justicia y las ponen fácilmente al alcance de la multitud. Estas narraciones tienen además la ventaja de ser aquella parte de la instrucción que se retiene mejor, y de ordinario la única cosa que no se olvida: la doctrina concretada en los hechos sensibles, se graba más profundamente en la memoria, y obra con mayor eficacia en el corazón. Finalmente, los hechos ministran al predicador la ocasión de dirigir á sus oyentes aquellas exhortaciones ó consejos, aquellas promesas ó amenazas que las circunstancias están exigiendo: como los hechos de otro naturalmente conmueven, abre la puerta del corazón, y el predicador penetra en él, y de su narración misma deduce con buen éxito lo que se propone decir: es como el corolario sacado de un principio."

"Mas para que las historias produzcan estos efectos felices, hai ciertas reglas que conviene observar. *Primera*: es necesario no multiplicar mucho las citas históricas, porque un gran número de ellas fatigaria y distraeria por otra parte del principal asunto al auditorio. Basta uno ó dos ejemplos citados á propósito en una instrucción. *Segunda*: es necesario proponer estos ejemplos con grande claridad, perfecta exactitud y de manera que puedan retenerse. *Tercera*: deben separarse de la relación de estos ejemplos todas las circunstancias que no favorecen al asunto, y hacer que resalten aquellas otras que se miran como adecuadas al ob-

jeto que el orador se propone. *Cuarta*: deben evitarse los diálogos entre las personas de quienes se habla, sino es que sobre una muy grande probabilidad tengan la ventaja de ser breves, enérgicos é interesantes. *Quinta*: despues de hecha la narración debe aplicarse á los oyentes de una manera viva, mostrándoles lo que deben imitar y lo que deben huir segun el carácter del hecho y la disposición del auditorio."

CAPÍTULO CUARTO.

EL ESPÍRITU DE LA IGLESIA.

"Este espíritu, dice Audizio en la obra suya que citamos en el capítulo segundo, se saca de las oraciones que ella dirige á Dios en los tiempos diferentes del año, cuya mayor parte se halla contenida en el Misal, en el Breviario, en el Ritual y en el Pontifical Romano. ¡Oh! que no pueda yo hacer entender estas palabras á todos los jóvenes oradores:—Meditad ó venerables ministros del Señor! las oraciones que la religion os coloca en los libros de rezo de la Misa y del Breviario. Revestios de este espíritu de oración, y seréis entónces capaces de hacer entrar á los fieles en estos sentimientos de ilustrada y verdadera piedad que la Iglesia con tan admirable sabiduría encierra y distribuye en sus diferentes solemnidades. Si, la cantidad es el don de Dios, y es necesario distribuirla á los pueblos en la medida misma que Dios ha querido. Ahora bien, esta medida es el espíritu con que la Iglesia ora. En la misa, introito, Epístola, Evangelio, oración, cánon; en el oficio, capítulo, himnos, antifonas, lecciones, oraciones: he aquí otras tantas oraciones piadosas de donde brota una luz verdadera que, saliendo del seno augusto de la religion, nos descubre con toda seguridad las más útiles, las más santas verdades ya sobre los misterios, ya sobre la moral."¹

Es tanto más importante llamar sobre este punto la atención de los predicadores, cuanto que por una triste fatalidad muchos de ellos pasan desaperecidos por esas páginas ilustres y santas que son para ellos el libro de todos los días. Semejantes al rústico labrador, testigo indiferente de las maravillas de la creación ó que ve los más bellos fenómenos de la naturaleza, se encuentra frente á los cuadros más sublimes sin quedar con una sola idea, sin recoger un solo sen-

¹ Obra citada, primera parte, lección XV.

timiento; de la misma manera el eclesiástico poco atento al Misal, al Breviario, al Ritual, &c., pasa la vida pobre y miserable en medio de una riqueza inmensa; y cuando se le ofrece, prefiere mendigar de tercera ó cuarta mano una cosa insignificante plagiando servilmente á un sermónario común, por no decir otra cosa, sobre el material riquísimo que pudiera explotar con su espíritu y su meditacion en todos los manuales de la liturgia católica.

Estos libros están dispuestos con tal profundidad de miras, con un método tan celestial, con una economía tan divina, que solo ellos, piadosa y atentamente meditados, bastarian para comunicar al predicador una sabiduría estupenda y un poder irresistible.

Quizá nos proporcionará Dios una oportunidad por la que mucho hemos suspirado, la de publicar un opúsculo sobre el Breviario, el Misal, y todos los libros de su género, para llamar la atención de los eclesiásticos hácia un estudio de la mas elevada gerarquía. El Breviario es la Santa Escritura enseñada inmediatamente por la Iglesia católica, es la historia eclesiástica en su parte mas edificante, en la vida de los Santos, depurada por la Iglesia para nuestra enseñanza y edificacion; es el Santo Evangelio aplicado á todos los tiempos del año, concordado con los grandes hechos de la religión; es la voz de los Padres exponiendo y comentando las sagradas Letras, para iniciar en cada homilia un grande curso de instruccion dogmática y moral; es el espíritu del mismo Dios derramado por todo el pueblo fiel, manteniendo en íntimo y santo comercio al cielo con la tierra, ilustrando y afirmando mas y mas las relaciones que median entre Dios y los hombres: es, por último, un repertorio económico pero muy suficiente de doctrina, de ejemplo, de unción, de poesía, de elocuencia, &c., &c. En el rezo atento del Oficio divino preparaba Bossuet muchos de sus comentarios magníficos de la Santa Escritura, especialmente de los Salmos, siguiendo en esto la conducta de los Padres, quienes postrados ante un Crucifijo para pedir la luz, oraban meditando la Santa Escritura, y adquirieron así el mas glorioso título de gloria mereciendo llamarse *Padres y Doctores de la Iglesia*.

CAPÍTULO QUINTO.

CIENCIA DE LA VIDA ESPIRITUAL.

Esta ciencia tiene dos órganos de comunicacion, el de la oracion y meditacion, y el de la lectura de los maestros de espíritu. Ya hemos dicho en otro lugar ¹ que hai una ciencia especialísima dirigida nada menos que á formar los espíritus en la perfeccion cristiana: que la ciencia de la perfeccion en sus caminos ordinarios constituye el ascetismo y en sus caminos extraordinarios el misticismo. Réstanos ahora llamar la atención de nuestros lectores hácia este punto para manifestar que, siendo el primer atributo del predicador el magisterio moral, su objeto la perfeccion moral y su fin la salvacion, necesita conocer los principios, las reglas y aun la práctica de esta ciencia difícil, que caminando al través de las sombras y por entre las dificultades de las pasiones, conduce al alma ya convertida, con solícitud y particular esmero gobernando todos sus elementos morales, á la posesion de las virtudes y á los diferentes grados de perfeccion. No necesitamos por cierto de hacer á este propósito una demostracion particular; porque de suyo es tan manifiesta la necesidad de estos conocimientos para el buen predicador, que detenernos á probarla, seria prescindir de las ventajas económicas que nos proporciona el sentido común.

CAPÍTULO SEXTO.

ESTUDIOS PROFANOS.

Excusado nos parece advertir que un predicador necesita poseer los conocimientos profanos que son comunes á todas las profesiones, como el de las lenguas patria y latina, el de la lógica y metafísica, el de la filosofía moral ó Etyca, cuyos caracteres, objetos, criterio y sistema de aplicacion, quedan expuestos ya en los correspondientes lugares de esta obra. Tampoco debemos hablar de lo que se llama estudios eclesiásticos, como la teología dogmática, la teología moral, la liturgia, &c., &c.: pues esto no es mas que la

¹ Seccion cuarta, libro segundo, capp. XIV y XV de esta tercera parte.

Santa Escritura, el espíritu de la Iglesia y las obras de los Padres, reducido todo á método y colocado bajo la forma de una ciencia.

En cuanto á la retórica ó reglas de oratoria dirémos que como ellas, segun hemos advertido ya, están fundadas en la naturaleza de las cosas, el predicador debe tener á lo ménos aquellas nociones generales que ya quedan expuestas en esta obra: de ellas, unas miran á las composiciones literarias en general y otras á las composiciones oratorias en todos sus géneros. Esta clase de nociones son hasta cierto punto indispensables, á lo ménos para que las composiciones oratorias del púlpito no solo enseñen la sana doctrina y muevan á la reforma de las costumbres, sino para que tengan tambien aquella perfeccion extrínseca del arte, el cual léjos de ser indigno del predicador, ha sido consagrado, por explicarnos así, por el genio sublime de los santos padres y ennoblecido por las obras maestras de los insignes oradores del cristianismo.

Sin embargo, en esta clase de estudios el predicador debe preferir aquella parte que concierne ménos á las reglas de la oratoria que al genio propio de la elocuencia sagrada. No le aconsejariamos, por lo mismo, que diese la preferencia de su atencion á las retóricas comunes; pues por mucho que enseñen los mas hábiles maestros del arte, nada será esto comparado con la instruccion que proporcionan esos sábios que, en lugar de escribir una retórica para tratar de todos sus géneros, dándole cuando mucho un pequeño lugar á la oratoria sagrada, escriben expreso de ésta, concretando en ella todas las reglas del arte. En lugar pues de Blair, Bateux, Leclerc, Lefranc, Girard, Hermosilla, &c. &c., creemos que los predicadores adelantarian mas leyendo á San Francisco de Sales, San Francisco Javier, el Padre Aquaviva, Benedicto XIV, Frai Luis de Granada y otros autores semejantes. Pero si se quiere una lectura escogida y suficiente, nosotros aconsejariamos á los predicadores la de las siguientes obras: para los Párrocos, "el Buen cura en el siglo XIX por Diullin," los "Deberes de los Pastores por Collet;" y á todos, la obra de Morel titulada: "Le predicateur," la de Maury titulada: "Essai sur l'éloquence de la chaire;" la de Audizio, "Lezioni di sacra eloquenza," obra que no ha mucho tiempo tradujo mui bien al francés el Abate Martigny; la del sabio Hamon titulada: "Traité de la predication á l'usage des Séminaires; y al Abate Nadal en su sabio y completo "Dictionnaire d'éloquence sacré."

Estas obras por sí solas componen una preciosa biblioteca

para el predicador, y entre ellas la del Padre Audizio y la de Hamon, cada una de por sí nada dejan que apetecer. Réstanos tan solo citar un libro precioso sobre toda ponderacion, libro tal, que debia ser el *vade-mecum* de los predicadores, obra del trabajo piadosísimo y eminentemente crítico del Padre Baudry: tiene por título: "Guía de los que anuncian la palabra de Dios," y es un bello cuanto edificante repertorio de la doctrina de San Francisco de Sales, la de la Compañía de Jesus, de Benedicto XIV y San Vicente de Paul. Este libro pequeñísimo en su volúmen, pero mui grande en su comprension, fácil aun de tenerse en la memoria, bastaria solo, segun creemos para hacer un predicador consumado en la sustancia misma, en la esencia de la predicacion, en lo que tiende á esparcir el fruto de la palabra divina por todos los pueblos de la tierra.

ARTICULO QUINTO.

DE LAS FORMAS QUE ADMITE LA PREDICACION.

La predicacion, hablando en general, abraza todas aquellas obras que tienden á persuadir la verdad, la lei y la santidad. Estas obras son todas aquellas en que aparece la palabra de Dios hablando á los hombres. Predica el ministro evangélico en el púlpito, predica en el confesonario, predica en sus conversaciones piadosas, predica en sus enseñanzas catéquísticas, predica en los saludables consejos que dá, en los libros que escribe, en sus cartas, &c., &c.: donde hai palabra de Dios edificando con la doctrina y persuasion, allí hai una predicacion cristiana. Nacen de aqui esos diferentes géneros de elocuencia que enumeran los críticos: la elocuencia didáctica, la elocuencia epistolar y la elocuencia oratoria.

La elocuencia didáctica es la de los libros; la epistolar, la de las cartas religiosas y morales; la oratoria, la de las oraciones y discursos.

Sobre la didáctica nada tenemos que añadir á lo que dejamos dicho en los artículos tercero y quinto del libro primero de esta seccion; pues, salvas las diferencias de la naturaleza, la forma está sujeta á las mismas reglas.

En cuanto á la epistolar, debe reinar en ella la claridad, rapidez, concision, brevedad, facilidad, naturalidad y familiaridad propias de una carta en los términos que dejamos